

El presidente debió hablar de nosotros en su discurso

Por: Miguel Ángel Flórez

*Las drogas te envejecen después de la agitación mental. Letargo luego.
¿Por qué? Reacción. Toda una vida en una noche. Gradualmente te
cambia el carácter. -James Joyce-*

El Presidente en su discurso debió hablar de quien inhalaba por su nariz la línea más larga de su vida. Debió hablar de los múltiples delirios de los jóvenes a causa de los trips. Debió hablar de mí fumando hierba frente a mi madre. Debió hablar de las nenas medio desnudas que se besaban para pasarse pepas. El Presidente debió hablar del joven que pronto volvió a la vida después de un paro cardiaco inducido por el éxtasis. Debió hablar de la coca como un Redbull comercializado ilegalmente en Colombia. Debió hablar de mí haciendo está crónica. Todos sabemos que el Presidente no habla de esas cosas. El Presidente medio habló de fútbol y habló demasiado de promesas.

Era viernes en la mañana y más que listo, estaba entusiasmado por empezar. El fin de semana iba a ser largo y para contarles bien mi historia tuve que drogarme hasta que mi cuerpo no dio más. Es diferente cuando el cura de la parroquia más cercana habla de las drogas, a que un drogadicto hable de las mismas. Y no, no soy drogadicto, yo soy la voz de los efectos y la satisfacción o la agonía que producen. Desayuné exageradamente, serví chocolate, serví huevos revueltos con arroz y salchichas, serví pan y serví frutas. Salí de mi casa a las 11am y estuve a las 12pm en el Parque Nacional. Me encontré con Wilmar, un amigo que es *dealer* en Bogotá, y me vendió la droga. Diez trips o ácidos (a quince mil pesos c/u), cinco porros de Corinto (a dos mil pesos c/u) y cinco porros de creepe (a cinco mil pesos c/u). El negocio del mes, hagan ustedes la cuenta.

El dinero salió de mi propuesta para la farra más épica en nuestras vidas. Digo nuestras porque mis más cercanos amigos me acompañaron todo el fin de semana, por diversión claramente. Luego de comprarle a Wilmar, me pidió acompañarlo a hacer unas cuantas entregas más en Chapinero. Me sudaba el culo, andábamos caminando campantes por toda la séptima, él con naturaleza, yo cagado del miedo. Relájese parce, me decía, no nos va a pasar nada. Nos cruzábamos con tombos por todas las esquinas, se me hizo raro y luego recordé que jugaba la selección. Le pregunté a Wilmar a qué hora empezaba el partido y me respondió “a la hora que nuestra farra empieza”.

Trips o ácidos

Los ácidos o LSD (dietilamida de ácido lisérgico), más conocidos en Bogotá como “trips”, son una sustancia psicoactiva sintetizada por primera vez por el químico suizo Albert Hofmann, el 16 de noviembre de 1938. Hofmann se encontraba en un programa de investigación para encontrar posibles usos medicinales en un hongo (cornezuelo) que infectaba los granos del cereal, lo que él no sabía era que iba a ser el creador de una de las drogas más comercializadas por todo el mundo. Desde hippies hasta punks, desde rockeros hasta gomelos, los trips no distinguen de raza, cultura o subcultura, de color, de estatura, de peso. Quien pueda acceder a ellos, accede a sus viajes.

Llegamos a las cinco de la tarde a Suba, no recuerdo bien si el partido ya había comenzado por que nos dirigíamos a una farra de DnB (música electrónica). En el sitio había varias personas conocidas, me preguntaban qué hacía allí y yo respondía con la misma pregunta. Wilmar me contaba acerca de Hofmann, me decía que él era amigo de Freud y que ambos experimentaban con el LSD y la cocaína, que se drogaban y salían a andar en bicicleta y llegaban a escribir sus experiencias. Yo puedo ser amigo de Hofmann entonces, le dije, Wilmar se rió.

¿Sabían que existen más de 20 tipos diferentes de ácidos? Yo tampoco lo sabía. El más conocido lleva el nombre de su creador y otros llevan por nombre, micropuntos, ganesha, fat Freddy cat, por nombrar algunos.

Wilmar hablaba y yo tomaba nota. Me decía que los trips no tenían sabor u olor alguno, que si tenían algunas de estas características eran mezclados con metanfetaminas. Mientras tomaba nota, él agarró mi libreta y la lanzó a una alcantarilla. ¿Qué pesa más? Me preguntó, ¿la experiencia o unos maricones apuntes? Tenía razón, estaba un poco tenso, tenía que estar más dispuesto a la experiencia. Entramos a lo que era una gran bodega y dentro estaban seis amigos más. No había dónde sentarse.

Esperamos hora y media dentro de la bodega antes de que empezara a sonar la música y encendieran las luces. Luego de que cerraran la puerta, sólo podíamos vernos cuando alguna luz pasaba por el rostro del otro, la música era tan alta que no nos escuchábamos a más de 3cm. Definitivamente no era mi ambiente. Poco a poco las personas bailaban entre sí, vi nenas besándose entre ellas, vi nenes besándose entre ellos. Yo me besaba con una amiga de Wilmar. A media hora de empezar, saqué los trips y algunos porros de mi billetera y los repartí. Tuve miedo al principio, pero Camila me convenció de hacerlo. Empecé a dejarme llevar por los *beats* de la música, bailaba, reía, sentía. Entendí la comunión de estas personas, era su religión, parte de su estilo de vida, su escape del mundo.

Pasó alrededor de una media hora antes de los efectos. El día anterior había leído sobre dos reacciones del cuerpo frente a los ácidos: la primera era el estado de diversión y desinhibición absoluta; la segunda se conoce como “mal viaje”. Para mí atino y desacuerdo experimenté los dos. Bailé como si no existiera otro lugar en el mundo para mí, estábamos allí con Camila, besándonos, tocándonos, viendo cómo otros se tocaban. En un momento me aparté del grupo y fui al baño. Sentí la máxima expresión de la droga en mis manos, el agua del lavabo resbalaba sin tocarlas, sentía una capa que claramente separaba mi piel del agua, la impermeabilidad del cuerpo, nunca había sido consciente de ello. Al lado del lavamanos donde yo estaba, había un man haciendo la línea más larga de perico que yo haya visto, tomó impulso y la inhaló completa del suelo. Le sangró la nariz y se levantó sonriéndome. ¿Qué pasa loco? ¿Qué tal la farra? Bien loco, estupenda, respondí.

Perdí la noción del tiempo, no sabía qué hora era, ni cuánto había pasado. El corazón latía rápido, empecé a ver la música flotando en el aire, empecé a sentirme mucho más tranquilo, la música se hacía más baja en mis adentros. No vi a Camila por ahí. Wilmar estaba en un rincón hablando con una gente, no podía cruzar hasta allí. Un marica me cogió el culo y le metí un puño, me cogió de nuevo y me dijo que le diera más duro. No le di la espalda mientras me alejé. El sentimiento de calma se esfumó. No podía concentrarme y, más que concentrarme, convencerme de que podía controlarlo todo, que no reinaría la droga en mi organismo. Empecé a sudar frío, me temblaba el cuerpo, las personas me miraban sin compasión, todas, todos, hombres, mujeres, travestis, ancianos, ancianas, mi madre, ¿mi madre qué hace aquí? Yo no quería hacerlo, te lo juro. Y ella no me perdonaba. Llegó Wilmar, parce ya es hora de irnos.

Lo siguiente que recuerdo es un joven que había metido pepas (yo no lo sabía, me contó Wilmar después) y estaba convulsionando en el piso, había una ambulancia y empezaba a llegar la Policía, ahora entendía por qué teníamos que irnos y yo que me quería quedar. La casa de Wilmar quedaba cerca y Camila me llevaba de la mano. Entramos y mi boca estaba reseca, tomé un vaso con agua y miré el reloj de la sala. Las tres de la madrugada, había pasado un buen tiempo y no recuerdo en realidad todo lo que sucedió. El efecto aun estaba presente, pero había disminuido considerablemente. Me acosté con Camila en un sofá cama.

Wilmar nos despertó a las 9am, nos dijo que nos vistíramos. ¿Vestirnos? Pensé, levanté la sábana, entendí, me vestí. Salimos al comedor y tenía jugo de naranja y cereales. Esto es lo mejor para reponerse de una buena noche, dijo Camila riéndose. Wilmar empezó a contarnos que él se estaba acostumbrando cada vez más a los efectos, que no le hacían nada, que quería dejarlo. Yo le decía que hiciera lo que consideraba mejor para su bienestar. ¿Cuál bienestar parce? Con la cantidad de trabajo que hay, con la cantidad de cupos en las universidades públicas, con la excelente atención en los hospitales, con lo baratísimos que están los precios en las privadas ¿cuál bienestar? No dijimos nada más hasta terminar de comer.

Encendimos el televisor y pasaban la noticia de que había empatado la Selección contra Chile tres por tres. Me alegré, pero tenía un sinsabor en el alma, como algo averiado. Salió el Presidente hablando de un país mejor, de un mundial en el 2014, de Pékerman diciéndole que veía a la Selección reflejada en un país que está creciendo. No supe quién fue más mentiroso. El sinsabor se hizo más grande. Al rato besé a Camila y me despedí de Wilmar, para el sábado tenía otros planes.

Marihuana o cannabis

La marihuana ha sido la planta milenaria de la drogadicción. Desde Oriente hasta Occidente se conoce. Hay por lo menos dos clases de marihuana en Colombia, la campesina (Corinto) que se cosecha por lo general en zonas libres o en invernaderos, sin alterar su composición natural con químicos, y la de cultivo hidropónico (Creepie) que contiene más de 300 componentes, de los cuales sólo 10 son cannabinoides y el resto son químicos sintéticos. Yo tenía de las dos en el bolsillo de mi chaqueta.

Al salir de la casa de Wilmar bajé al Transmilenio y tenía el tiempo exacto para ir hasta mi casa, bañarme y asistir al curso de escritura. Mi madre me saludó preocupada y me preguntó cómo estaba, sin mirarla a la cara le dije que la había pasado bien, que había sido una buena noche. No podía verla a la cara, sentía como una especie de vergüenza, el tabú de las drogas, el miedo presente ¿Miedo de qué? Salí de mi casa al curso y llegué justo a tiempo. Después de la clase me preguntaron cómo iba con la crónica, bien, respondí, ahí voy. Ese día la lluvia nos retrasó la salida del taller y estuvimos hablando hasta las 7:30pm.

Me despedí del grupo y me alejé, saqué el porro de creepie y me fumé medio, el resto lo boté. Subí al Transmilenio, y empecé a sentirme bien. Me puse los audífonos y todo mejoró un 100%. Bueno, la gente estaba ahí, el Transmilenio estaba repleto, pero no me incomodaba. Entiendo a los hippies y su movimiento de paz, entiendo cuáles eran sus razones para cambiar el mundo. Me subí en un C31 en dirección al portal de Suba. Se me había secado la boca y sentía los ojos pesados. Me dio un poco de sueño

y luego hambre, mucha hambre. En China, alrededor del año 2737 AC, se sugería fumar cannabis contra el reumatismo y el insomnio. En la India creían que agilizaba la mente, favorecía la longevidad y aumentaba el deseo sexual; también la usaban para la meditación.

Llegué a mi casa a eso de las 9pm, mi mamá estaba esperándome en la sala. Sintió el olor. Como reacción natural se me abalanzó a las manos y las olió. Se quedó en pie y me miró fijamente, haciéndome sentir culpable, me dio una bofetada. No me perdonaba. La retahíla no se hizo esperar, me tuvo sentado una hora sin poder decir palabra. Yo la escuchaba y pensaba que no era para tanto, que no estaba mal, que no me ha hecho robar, no me ha hecho matar, no he caído preso, no tenía heridas en mi cuerpo. Cuando me dejó abrir la boca, expliqué mis motivos. Ella no comprendía por qué su hijo, al que le ha brindado las comodidades que ha podido, al que le brindó la educación hasta donde pudo, al que vistió, bañó y le dio seno cuando era niño, había fumado marihuana. Decía que me había perdido, que era un drogadicto, que iba a terminar en las calles.

Saqué el porro de Corinto y le dije: madre, voy fumarme esto en frente tuyo y verás de que está hecho tu hijo, que la educación no se me olvida, que no voy a terminar en las calles, que puedo hacerlo y seguiré valorando todos tus esfuerzos. Se quedó inmóvil viéndome deslizar el encendedor entre mis manos para hallar la forma de sacarle chispas hasta hacer fuego. Encendí el porro, se quedó muda. Di cuatro caladas y lo apagué. Sabía lo que estaba pensando, quería pegarme a toda costa, quería destrozarme, reprenderme, enderezarme. No lo hizo; se sentó y me preguntó por mi día. Tuvimos una conversación extraña, hemos reído, hemos ido por unas cervezas, hemos reído un poco más, quizás yo más que ella, pero hemos hablado. Fue extraño inclusive para ella mantener una charla con un hijo que ha sido introvertido la mayor parte de su vida. Escuché por noticias que “eso” tiene un compuesto que le da hambre al que lo fuma ¿Tienes hambre? Por supuesto, respondí.

Pasó más de una semana para que pudiera sentarme a escribir esta crónica. Resulté exhausto física y mentalmente. He metido a mi cuerpo en tremendo lío por unos días pero se ha recompuesto. Mi madre ha cambiado un poco la manera de pensar acerca de las drogas, pero aun así sigue reacia a que yo las consuma.

Yo aun no entiendo cómo el Presidente no ha hablado de nosotros, cómo no ha hablado de los trips y la marihuana. Por qué no ha hablado del perico, del bazuco, de la heroína, de las metanfetaminas, de la cocaína o del éxtasis. Por qué el Presidente no ha hablado de la falta de empleo, de la pobreza, de la mala educación, Yo no entiendo como el presidente puede hablar tanto y no decir ni mierda.